

## COLECCION LITERARIA

### Una Sombra Errante y su Canción

El hombre es un ser temporal y contingente lanzado entre dos nadas.

HEIDEGGER

El ideal gusta de viajar.

BARBA JACOB

**A** CERCA de Porfirio Barba Jacob se han formado muchas leyendas. La más conocida la describió Rafael Arévalo Martínez en su maravillosa novelita *El hombre que parecía un caballo*, y la más impresionante la reveló el poeta mismo al definirse, con orgullo, como el *Ahasverus* de la poesía americana.

¡Atrevida y precisa definición!

*Ahasverus* —héroe del trágico mito del Amor y la Expiación— fué condenado a padecer y a sudar sangre por haber injuriado a Jesús, en su camino del Calvario, y anda sin descanso, entre sombras y abrojos, y queriendo herir al Cielo con sus alaridos, u ofenderlo con sus blasfemias.

Como su paradigma, el poeta colombiano fué por el mundo, lleno de dudas y zozobras, de anhelos, y dolores y miserias, sediento como un fauno entre las azucenas del Evangelio, llena el alma de una amarga y honda tristeza que le goteaba de los ojos como de una gruta asombrosa y milenaria. Su sed y su hambre —que eran más del alma que del cuerpo— debieron de calmarse al morir, abrazado a un Cristo, y evocando melancólicamente el recuerdo de su Colombia natal a quien amó con devoción que ella sólo ahora comenzará a reconocer.

¿Legendas?

No todo será leyenda —y bien lo apuntó Rafael Maya—, pues el poeta de la Canción de la vida profunda vivió intensamente y mordió en muchos climas la manzana de varias formas y colores que guarda la ceniza de las ciudades castigadas.

El poeta Barba Jacob es la sombra de un símbolo, y como tal, y en sus canciones, seguirá su marcha atormentada y sin rumbo por los ámbitos de América...

\* \* \*

Miguel Angel Osorio —Barba Jacob— descendía de una raza aquilina y milenaria, y vivió bajo el hechizo de la Dama de los Cabellos Ardientes.

Nació en un hogar que contaba con más de ciento, entre hijos y nietos, y que presidía su abuela, mujer santa que despertó en su alma —dijo él— “un grande amor a la vaga poesía del mundo”. Pero el niño Miguel Angel, “tan raro y tan amante”, no gustaba del hogar ni de la escuela, y prefería irse por los campos llenos de brisas, aromas y susurros, y de luces armoniosas... Aquello sucedía en Santa Rosa de Osos —quieta y blanca villa de su “Antioquia israelita, entraña de Colombia y ninfa melódica de (su) ideal América”—, donde la salud, la inteligencia y la esperanza “son como flores caídas del manto de Jesucristo”.

Cuando tenía diez y seis años, Miguel Angel Osorio fué reclutado por el gobierno conservador de Colombia, e hizo campañas militares, sin disparar ni un tiro ni presenciar el horror de una batalla. Después —muerta su abuelita— entró en “la Real Universidad del Mundo” y recibió “el honor de sus borlas”... Dejó para siempre el hogar, se fué río abajo, hacia el mar, y como “resplandecía de ignorancia”, leyó a los clásicos —que le daban el sentido de la forma, ya que no el de la libertad—, y también a los autores finiseculares, y muy especialmente a Guyau, Nietzsche, Marx, Darío, Silva y Valencia, en quienes hallaba el fulgor del “alma moderna, de temblorosa inquietud, matinal y nostálgica, y anhelosa en América, de bien y justicia, por amor estético”.

La alta tónica de su espíritu —decía— era la idea de que vivir es esforzarse. La traía de su Antioquia, junto con una inocencia que, “como cendal de alburá”, cubría “la chispa madre de (sus) futuros incendios...” Y se dió a viajar, por los países del Mar de las Antillas —galano, sonoro, pegajoso, irisado de diamantes, y opulento de ondas y de olas—, que le inspiró un misticismo de enigmática esencia, sensual y rencoroso, y ardido de invencible e “indeciso anhelo de paz en el regazo de una creencia, de una deidad, de una sublime locura del alma”.

¡La *Diaspora* de su raza, viva en él, y apremiante!

Hambreado a veces, y combatido, el poeta tuvo que ganarse el pan vendiendo su pluma al periodismo político, y se adentró en el tumulto de la vida, "dichoso en el peligro", y levantando sus "ideales de hombre como antorcha, ebrio, el oído atento a la cántiga de las sirenas. . ."

En México, en Cuba, en Guatemala, vió "las más negras simas del alma y de la vida social". Se asoció con efebos, mujerzuelas, hampones y vagos y anarquistas. Conoció los horrores y los deleites del vicio. Palpó las cosas, y se dió cuenta de que en ellas se manifiesta la tragedia universal que hiere y conturba al espíritu. Las palpó — "espuma en nuestras manos" — y las halló cautivas, igual que los hombres, y tal y como si fuesen nada más que "la veste de un Pensamiento Perdido. . . en la ilusoria sucesión del Tiempo y del Espacio".

Era entonces el Ricardo Arenales y el Maín Ximénez de la juventud, desolados caballeros que acariciaban la ilusión de hallar el Buen Camino, perdidas ya y humilladas la sencillez y la inocencia de la niñez elemental. ¿Cómo lograrlo si Arenales y Maín llevaban en sí mismos "el gusano letal de la concupiscencia", y el amor se les hacía llamarada melancólica en sus carnes, y eco lúgubre en sus cisternas? Maín y Arenales murieron. ¡Tenían que morir!

Por tercera vez el poeta se mudó de nombre, por ver de perfeccionar el viejo anhelo de redención, no ya por el "amor", sino por la virtud del canto y por la inteligente y esperanzada contemplación de una Acuarimántima azulina y lejana. . . ¿Se encontró a sí mismo Porfirio Barba Jacob?

Para 1929, el poeta se creía ser "uno de los hombres que más gozan de la soledad"; proclamó que era "un pagano de la Roma decadente", y afirmó que en su poesía planteaba "el duelo innarrable de la materia con el espíritu", y que por eso la llenaba de temblores y de gritos de "una alma desolada ante la inanidad de todo. . ." Incrédulo, quería refugiarse en la belleza — "dádiva que compensa de los dolores del pensamiento" —, pero veía que más allá de ella se extiende siempre "una negrura sin límites. . ."

Y como buen profeta, concluyó:

"Envejeceré en el noble ejercicio de la lira, y en el campo amargo de un trabajo sin idealidad. Se me rechazará al fin de los periódicos. Iré a los hospitales como Verlaine. Después un viento. . . un viento. . . un viento. . .! y en ese viento mi alarido. . .!"

Y hace pocos meses, en una modesta casa de huéspedes de México, el poeta murió abrazado a un Cristo, y evocando melancólicamente el recuerdo de su lejana Colombia, su tierra natal, lejana y azulada. . .

\* \* \*

*Imaginando que Iberoamérica "vive en una Edad Media sin religión", y anunciando que sus poetas deben perseguir un ideal continental y aunar sus esfuerzos por lograr una vida honda, pura, espiritual, que haga de esa América "un milagro eterno de ternura, de paz, de melodía", Barba Jacob cultivó el verso con seriedad de ungido, deseoso de dar su propio trigo, y seguro de que en éste tiembla la savia de los campos del Nuevo Mundo de Colón...*

*Los iberoamericanos —dijo— traemós una noción universal de la armonía como principio estático: incorporando en ella nuestro dolor, hagámosla dinámica.*

*Los elementos de las melodías más variadas, y aun más originales, están en los clásicos: conquistemos para ellas la ondulante, la vágula y selvática y marina libertad.*

*La limpidez del lenguaje —aun para expresar lo turbio y lo vago— acusa excelstitud y sabia exquisitez: démosle fulgores de gemas seculares.*

*La poesía no es discurso lógico: vamos a crear la nuestra aco-giendo las tinieblas que nos envuelven, la iracundia de la Vida, el soplo de pavor que viene de más allá de la Muerte, y resolvamos tanta negrura en la fulgencia indeclinable del ideal artístico, que si es ideal, ha de ser amor humano que nos sostenga cuando se levante el huracán de la vida.*

\* \* \*

*Eso les aconsejó Barba Jacob a los poetas iberoamericanos, y eso es precisamente lo que hallamos en la poesía de él —expresión de una ánima errante que, al destacarse sobre el fondo oscuro de su extraviada existencia terrenal, fulge cual pávida sombra blanca, herida en el misterio y salpicada de sangre, y que, al hacerse inmortal, se diluye en puras melodías.*

*Todo lo que el arte malsano, refinado y exquisito puede dar en sabiduría y pureza está en los versos de este atormentado poeta que quiso convertir el fango en rútilos diamantes temblorosos, y cuyo acento, semejante al de algunos de los grandes profetas bíblicos, como Jeremías, es humano y celestial, angustiado, estremecido y seductor.*

\* \* \*

*Se ha dicho que Barba Jacob fué un profesor de música interior capaz de concertar ideas o emociones sobre la pauta de ritmos iniciales y profundos. Es verdad. Barba Jacob admiró, más que el tumulto de la Historia, el poder de expresar justa, sabia y musicalmente sus penas y recuerdos, sus locas alegrías, sus ternu-*

ras y tristezas y esperanzas, y logró a veces la estrofa del lamento perfecto —trémolo de viejo caracol donde la vida tiene ya el ritmo, ya el dolor, ya el ardimiento de un mar efervescente que alumbran fuegos ponentinos. . .

La rima y las consonancias atormentaban a este poeta que quiso darle a su verso un acento personal lleno de hechizo y de dignidad, y poner en él un óleo melódico invisible y un arcano sentido del amor. . . Para lograr su empeño ascendió de las simas a las estrellas, tras la celeste poesía trascendental; buscó pautas arcaicas, primordiales; amasó las palabras con ricas esencias —mirra, nardo, incienso, canela de Oriente— y les infundió ora un aliento agónico y luciferino, ora el suspiro de Dios. . .! De ahí que sus versos —fúlgidos y oleosos— se hallan sacudidos por el temblor del Misterio, y parecen estar cargados de electricidad: oírlos es como oír la voz de la mujer en celo: es tan intensa y ondulante su melodía, que hace temblar y causa embriaguez. El mayor encanto de sus poemas reside en un aspecto insólito en la poesía castellana: bajo la castidad insospechable de la frase, como bajo el peplo de la bacante rubendariana, palpita el desenfreno de los sentidos con urgencias sutilísimas e irresistibles, que se sienten aunque no lleguen a desformar la sabia melodía, noble y original.

\* \* \*

En su juventud no buscó Barba Jacob consuelo alguno superior, y gustó de torturarse a sí mismo, como serpiente herida que se enrosca y muerde la cola. Tenía, sí, una naturaleza de diamante, y amaba al Mar, "que todo lo compendia" en su vaivén. Vivió angustiado, creyendo que nada hay grande sino la Muerte —"¡un tajo silencioso!"—, sin perder la esperanza que llevaba en su escarcela roja. . . Por eso afirmó que, cuando más arrecia de la Muerte el huracán, "más crepita y fulge la antorcha de la Vida".

Interrogó al Destino, y no halládoles respuesta a sus preguntas, afirmó que su único saber —"ley ondulante, ciencia que alucina"— era el anhelo de amar, "mariposa que vuela de la carne humana", y que da siempre al viento su libre canción oleosa y fúlgida.

Envejecido, enfermo, pobre, desolado, Porfirio Barba Jacob murió en la ciudad de México —teatro de muchos de sus triunfos de hombre y de escritor—, abrazado a un Cristo, recordando a su Antioquia tan querida, y elevando sin duda la mirada febril a su Acuarimántima de ensueño, azulina y lejana. . . ciudad de bien, fastuosa, legendaria, de esfuerzo, de amor y melodía, de meditación y de plegaria silenciosa. . .

Acuarimántima. . . Más allá del Mar!

CARLOS GARCÍA-PRADA.

